Kuki abrió su mochila y metió un cuaderno.
—¿Para qué lo llevas? —preguntó Mónica.
—Para dibujar lo que hagamos en el pueblo de mis abuelos.
En la primera hoja escribió una palabra: Calles.



Telma, Anita, Roma y Claudia también estaban preparadas.
Habían traído sus cosas para pasar unos días juntas.
Kuki las miró, una por una.
—¡Mis abuelos tienen muchas ganas de conoceros!



Durante el viaje aparecieron montañas tras la ventanilla.
—Calles está en la Serranía de Valencia —les contó Kuki.
Se tocó con cuidado la barbilla. La herida seguía allí, aunque ella ya estaba pensando en todos los juegos que les esperaban.



Al llegar, vieron casas, tejados y un campanario.
El abuelo las esperaba con la abuela.
Kuki corrió a abrazarlos.
Después presentó a sus amigas, diciendo sus nombres sin dejarse ninguno.



—Esta es vuestra casa estos días —dijo la abuela.
Había sitio para las mochilas y para el cuaderno de Kuki.
Claudia lo abrió por la primera hoja.
—Aquí podemos dibujar vuestra llegada —propuso.



El abuelo se agachó junto a Kuki.
—¿Cómo va esa barbilla?
—Todavía tengo la herida.
—Conozco a un médico. Voy a acompañarte para que te vea.
Kuki le dio la mano y salieron juntos.



Sus amigas les dijeron adiós desde la puerta.
—Te guardamos el cuaderno —dijo Anita.
Kuki caminó al lado del abuelo. Él saludaba a la gente que se encontraban, y ella empezó a reconocer el camino entre las casas.



El médico saludó al abuelo y escuchó a Kuki.
—Primero voy a mirar tu barbilla —le explicó.
Kuki levantó un poquito la cabeza.
El abuelo se quedó a su lado, con la mano cerca por si ella quería cogerla.



El médico se ocupó de la herida y les explicó cómo seguir cuidándola.
Kuki escuchó junto a su abuelo.
Al salir, respiró más tranquila.
—Gracias por venir conmigo —le dijo.
—Siempre que me necesites —respondió él.



Aquella tarde dieron un paseo por el pueblo.
Al doblar una esquina, Telma señaló hacia arriba.
—¡El campanario!
Las seis se detuvieron para mirarlo. Desde allí se veía el reloj y, más arriba, el lugar de las campanas.



Mónica intentó dibujarlo en el cuaderno.
—Me ha salido torcido.
Roma inclinó la cabeza para mirarlo.
—Ahora parece que nos está saludando.
Se rieron tanto que Mónica decidió dejar el dibujo tal como estaba.



Siguieron por las calles del barrio de la Petrosa.
Unas esquinas escondían otras esquinas.
—¿Por dónde habíamos venido? —preguntó Claudia.
Kuki buscó al abuelo con la mirada. Él las esperaba un poco más adelante.



La abuela les enseñó por dónde volver a casa.
Anita dibujó el recorrido con una línea que daba muchas vueltas.
—¡Parece un hilo enredado!
Debajo, las amigas añadieron una puerta, una ventana y una maceta que habían visto al pasar.



Otro día, los abuelos las llevaron a conocer el acueducto de Peña Cortada.
Entre las rocas apareció una construcción de piedra.
Kuki se quedó quieta, mirándola.
—¿Cómo hicieron algo tan grande?
El abuelo sonrió. Tenía una historia que contarles.



—Hace mucho tiempo lo construyeron para llevar agua —les explicó.
Desde el lugar donde estaban, contaron los tres arcos.
Claudia los dibujó en el cuaderno.
Esta vez necesitó dos hojas abiertas para que le cupiera todo.



También hubo una tarde de birlas.
El abuelo preparó el juego y les enseñó cómo jugar.
Kuki quiso probar la primera.
Sus amigas se colocaron a su lado, esperando su turno y mirando con mucha atención.



Después le tocó a Mónica. Luego probaron Telma, Anita, Roma y Claudia.
Cada tirada provocaba algún comentario y muchas risas.
—Ahora entiendo por qué te gusta este juego —le dijo Kuki al abuelo.
Él se preparó para su turno.



Más adelante, llegó la tarde de las colchonetas.
Kuki y sus amigas llevaban un rato hablando de ellas.
—¡Por fin! —dijo Roma al verlas.
Entre las seis encontraron la manera de organizarse para que todas pudieran jugar.



Cuando terminaron, volvieron junto a los abuelos con las mejillas encendidas de alegría.
Anita abrió el cuaderno.
—Este dibujo lo hacemos entre todas.
Cada amiga añadió un detalle. Al final, casi no quedaba espacio en la hoja.



En la cancha de baloncesto, Telma hizo botar la pelota.
—¿Jugamos tres contra tres?
Kuki se puso con Mónica y Roma.
Anita, Telma y Claudia formaron el otro equipo.
El abuelo se sentó a mirar el partido.



Mónica pasó a Kuki. Kuki pasó a Roma.
En el otro equipo, Claudia pidió la pelota y Anita se la lanzó.
Hubo tiros que entraron y tiros que no.
—¡Otra vez! —decían unas y otras cuando el balón volvía a sus manos.



Los días siguieron pasando entre paseos, juegos y ratos en casa.
La barbilla de Kuki iba mejor.
En el cuaderno ya había una torre torcida, un camino enredado y un acueducto enorme.
Todavía quedaban hojas en blanco.



—Falta dibujar algo azul —dijo Kuki.
—¡La piscina! —contestó Roma.
Prepararon los bañadores y las toallas.
Mónica añadió una piscina al cuaderno antes de salir.
Las demás le pidieron que esta vez dejara sitio para dibujarlas dentro.



En la piscina, Kuki entró despacio en el agua.
—¡Qué fresquita!
Anita estaba junto a ella y Claudia acababa de llegar al borde.
Los abuelos las acompañaban. Las toallas esperaban extendidas cerca de donde estaban sentados.



Telma movió los pies y apareció un remolino pequeño.
Roma quiso hacer otro. Mónica se acercó para verlo.
Kuki miró a sus amigas y empezó a reírse.
El dibujo de aquella tarde iba a necesitar muchas salpicaduras.



Otro día fueron al río Tuéjar con los abuelos.
Lo oyeron antes de llegar a la orilla.
—Suena distinto a la piscina —dijo Claudia.
El agua corría entre las piedras y las hojas se movían sobre sus cabezas.



Dejaron sus cosas donde les indicaron los abuelos y entraron juntos en una zona poco profunda.
Kuki notó las piedrecitas bajo los pies.
—¡También está fresquita!
Mónica le dio la mano mientras encontraban un sitio cómodo para quedarse.



Anita y Roma miraban cómo se movía el agua alrededor de sus piernas.
Telma y Claudia estaban cerca, junto a la abuela.
Kuki se agachó y rozó la superficie con los dedos.
El río siguió corriendo entre todas ellas.



Después se sentaron en la orilla, envueltas en sus toallas.
El abuelo repartió la merienda.
—En el cuaderno no cabe el sonido del río —dijo Kuki.
—Podemos recordarlo cuando miremos el dibujo —respondió Claudia.
Kuki cerró los ojos un momento para escucharlo.



La última tarde extendieron el cuaderno sobre la mesa de los abuelos.
Las seis fueron pasando las hojas.
—Aquí faltas tú —le dijo Mónica al abuelo.
—Y tú —añadió Anita, mirando a la abuela.
Entre todas les hicieron un retrato.



Al despedirse, Kuki abrazó a sus abuelos.
Les dio las gracias por los juegos, los paseos y por cuidarla.
Sus amigas también quisieron abrazarlos.
El cuaderno volvió a la mochila, esta vez lleno de dibujos que habían hecho juntas.



En el camino de vuelta, Kuki abrió la última hoja.
Había dejado un hueco pequeño.
Dibujó seis amigas cogidas de la mano.
Mónica miró por encima de su hombro.
—La próxima vez llevamos otro cuaderno.
—¡Uno más grande! —dijo Kuki.

